

ron a lo largo de toda la ocupación alemana, es decir; la denuncia de lo que los alemanes denominaron la Solución Final a la cuestión judía.

El testimonio que nos ofrece Karski sobre las detenciones, deportaciones, los hacinamientos en guetos de la población judía y su desplazamiento a los campos de exterminio situados en diferentes puntos de la propia Polonia, como por ejemplo Auschwitz, Treblinka o Belzec, donde fueron asesinados miles de personas señaladas por su religión, raza, condición social o filiación política. Este es pues un llamamiento, una voz de denuncia, un grito desesperado de lo que en apenas cinco años supuso el aniquilamiento de entre cinco y seis millones de civiles. La gran pregunta que asalta una y otra vez según se avanza en esta intensa lectura es ¿por qué nadie hizo nada para detener esos crímenes? Es una pregunta que la historiografía, la anglosajona sobretodo, no ha podido responder, o más bien no le ha interesado hacerlo, debido a lo delicado del tema y a la responsabilidad moral que sobre los vencedores podría recaer. Como el propio Karski apunta en el libro, las autoridades civiles y militares aliadas estaban perfectamente informadas de los acontecimientos que se estaban desarrollando en Polonia en referencia a la población de origen judío. Y yo me pregunto; ¿por qué se mantuvieron impasibles? Son muchas las razones que se alegan, cuestiones estratégicas, militares, económicas... En cualquier caso no me corresponde a mí dar una respuesta a este hecho que el autor de este libro denunció a las más importantes autoridades aliadas, y que obtuvieron como solución promesas vanas.

Otro aspecto muy interesante de este libro es el de poder visualizar de una manera meticulosa el funcionamiento y organización interna de la Resistencia polaca durante toda la ocupación. En el recorrido que nos muestra el autor podemos apreciar lo importante de agudizar el ingenio en tiempos difíciles, además de tener a una población concienciada que siempre se mostrara hostil con las fuerzas de ocupación. La versatilidad de Karski como miembro de la Resistencia le hizo pasar por un buen número de secciones de ésta y es precisamente esto lo que hace aún más interesante su autobiografía. Algunas de estas secciones fueron la de propaganda, esencial para mantener la moral de la población y mellar la del enemigo, la de captación y preparación de futuros miembros, y en la que más destacó, la de emisario.

Como nota final destacaría también los capí-

tulos dedicados a sus viajes a través de la Europa ocupada, en lo que Karski tuvo algún que otro encontronazo con la temible GESTAPO la cual dejó su sello de visita grabado en la cara y manos del autor en forma de grandes cicatrices producidas por las torturas a las que fue sometido.

En resumen, *Historia de un Estado Clandestino*, es un excepcional testimonio de lo que fue la ocupación en una de las naciones que más sufrieron durante la contienda y que más vidas dejó atrás una vez concluida la misma. Además de esto, el presente libro se convirtió en su día en un excepcional documento de denuncia sobre el Holocausto que nos hace plantearnos la pregunta de que si tal vez las autoridades aliadas pudieron haber hecho algo más para evitar aquellos crímenes injustificados. En cualquiera de los casos se trata de un libro de lo más recomendable que además cuenta con un magnífico trabajo de traducción, como acostumbra este editorial, y que hace que la lectura sea coherente y muy dinámica a lo largo de todo el libro.

**López García, Bernabé y Hernando de Larra-  
mendi, Miguel (eds.), *España, el Mediterráneo y el  
mundo arabomusulmán. Diplomacia e historia.*  
Barcelona, Icaria Editorial, 2011, 348 pp.**

Por Antonio Javier Martín Castellanos  
(Universidad de Cádiz)

Catorce especialistas de la historia contemporánea, el arabismo, las relaciones internacionales e investigadores del mundo mediterráneo, más el testimonio personal de seis diplomáticos y el prólogo del director general de IEMed (Instituto Europeo del Mediterráneo) participan en esta historia de las relaciones diplomáticas de España con el mundo árabe desde el siglo XVIII hasta 2010. Una introducción histórica sobre las relaciones de España con el Mediterráneo y el mundo árabe e islámico, a cargo de Bernabé López García y Juan B. Vilar, en sendos estudios, presenta las ideas básicas que se desarrollan en las dos partes en que se ha dividido la obra. La primera reúne ocho estudios y tres testimonios de diplomáticos sobre la política árabe de España hasta el proceso de Barcelona de 1995. La segunda parte contiene cuatro estudios y otros tres testimonios personales de embajadores españoles en los países árabes sobre el proceso de Barcelona, la Unión por el Mediterráneo y la Alianza de Civilizaciones, temas que han caracterizado la

diplomacia española en el Mediterráneo en los últimos lustros.

Pese a la variedad de autores y perspectivas, lo cierto es que la lectura de la obra ofrece conclusiones bastante coincidentes sobre la dinámica diplomática de España respecto al mundo árabe, muy bien resumido en el prólogo que Senén Florensa, director general de IEMed, presenta. El Estado español ha procurado siempre presentarse en el mundo como un país occidental amigo de los árabes, por su historia y posición geográfica, independientemente de la época y régimen político. Desde los primeros estadios de esta relación, que tenía a Marruecos como punto preferente y con personas no necesariamente vinculadas a la diplomacia, se evoluciona a una política de relaciones mediante el establecimiento de embajadas que sucesivamente se irán abriendo en cada uno de los países de la región.

La historia de estas relaciones surge propiamente durante la época franquista, cuando se quiere romper el aislamiento internacional de España mediante la intensificación de las relaciones con Hispanoamérica y los países árabes, muchos de ellos con regímenes políticos totalitarios, dentro de la estrategia de «políticas de puente y de sustitución», con la idea de que España sea intermediaria entre Occidente e Iberoamérica y Europa y el mundo árabe, sorteando el aislamiento. Respecto a los países árabes, su apoyo es fundamental para conseguir el ingreso español en la ONU (objetivo alcanzado en 1955) y la reivindicación de la soberanía española de Gibraltar, haciendo esfuerzos por no verse comprometido en asuntos espinosos como la descolonización del Sáhara Occidental y otros territorios en el norte de África. El franquismo hizo gala de su «árabefilia», con las políticas de relaciones exteriores que los ministros Juan Beigdeber y Fernando María Castiella llevaron a cabo respecto al mundo árabe, políticas analizadas en los estudios de Jesús Albert y Rosa Pardo. Franco mismo mostró siempre una posición proárabe en el escenario internacional, por conveniencia y por inclinación personal, dada su larga experiencia en Marruecos. El ejemplo más evidente de la alineación española con el mundo árabe durante la época franquista es la negativa a reconocer el Estado de Israel, no así el apoyo explícito a las comunidades judías sefardíes. Y ello pese a que el conflicto árabe-israelí se fue convirtiendo en una escenificación de la lucha de bloques, con los EEUU apoyando los intereses

israelíes y la Unión Soviética respaldando la causa árabe, mientras que el régimen español se presentaba internacionalmente como un adalid contra el comunismo e intensificaba sus lazos con Norteamérica, cediéndole suelo para el establecimiento de bases militares. Esta doble dinámica, aparentemente difícil de mantener, ha sido una constante de los gobiernos españoles: compromiso firme con la defensa de Occidente y simpatía hacia la causa árabe.

La historia de las relaciones hispano-árabes, dentro de una cierta continuidad a grandes rasgos, presenta una evolución llamativa con la llegada del Partido Socialista Obrero Español al poder a finales de 1982. Si los años de la Transición no supusieron innovación apreciable en el terreno diplomático, los gobiernos de Felipe González se avienen al reconocimiento del Estado de Israel y al intercambio de embajadas, esforzándose para que dicho reconocimiento no fuese interpretado por los países árabes como un cambio radical de la posición española respecto al conflicto árabe-israelí. Pero la estrategia del gobierno español tenía como prioridad el ingreso en la Comunidad Económica Europea (CEE), hoy UE, y a esa prioridad respondía cambios de posición del Partido Socialista respecto al reconocimiento del Estado israelí y a su inicial oposición a la pertenencia de España a la OTAN, convocando un referéndum para mantenerse dentro de esta organización.

Aunque la etapa socialista inicia un período diferente, más bien supone la culminación de unos propósitos que ya estaban trazados durante la época franquista: el ingreso en la comunidad europea. Pero la integración no era posible sin la consolidación de un sistema democrático. No hay, por tanto, una variación en el rumbo de la política exterior, que es el aspecto que menos evoluciona en cada país, independientemente de los gobiernos constituidos.

La integración en la comunidad europea permitió después a España centrar esfuerzos en mejorar sus relaciones con el mundo árabe e islámico y en este contexto tiene lugar la consideración del Mediterráneo como una región de gran interés estratégico. En lo cultural, el franquismo había hecho esfuerzos, como la creación del Instituto Hispano-Árabe de Cultura (IHAC) y una serie de intercambios de estudiantes universitarios para el aprendizaje de las lenguas española y árabe. El desarrollo económico que vive España gracias a su

incorporación a la CEE, y que se había gestado en los años de desarrollismo franquista, posibilita que las relaciones españolas con los países árabes e islámicos tengan una creciente dimensión económica, buscando un mercado para la exportación de ciertas producciones industriales e inversiones varias, superando la monotonía de las importaciones de petróleo.

En este panorama de relaciones mediterráneas globales, España ha procurado mantener una diplomacia especial con Marruecos, constituyendo las relaciones con este país un capítulo propio de su política exterior. La máxima parece haber sido no importunar al Estado marroquí, por lo que se ha sacrificado la simpatía de la sociedad española por la independencia del Sáhara Occidental hacia posiciones más proclives al mantenimiento de la administración marroquí sobre este territorio. Y son precisamente las cuestiones territoriales no superadas entre los dos países (siendo el episodio del islote de Perejil/Leila de 2003 sólo el último de los ocurridos hasta la fecha) las que siempre subyacen en su dinámica de relaciones, sin olvidar las económicas, principalmente en el campo pesquero, que tuvo gran importancia en las décadas de 1980 y 1990.

Los editores de la obra han sido certeros en la estructuración de la misma, sobre todo al considerar el proceso euromediterráneo de Barcelona y lo que ha venido después como una nueva etapa y dinámica de las relaciones de España con los países de la región. Y es que ante todo se constata este cambio: durante el franquismo y hasta el Proceso de Barcelona, el Estado español no buscaba protagonismo internacional, no podía ser agente político activo con iniciativas propias más allá de la consecución de ciertos objetivos nacionales. La consolidación de la democracia y el crecimiento económico hicieron que tanto los últimos gobiernos de Felipe González como los de José María Aznar quisieran que se visualizase la emergencia de una potencia media, que quería y podía contar en el contexto mediterráneo. Con el Proceso de Barcelona de 1995 España busca su propio protagonismo y liderar una rama de la acción exterior de Europa, para no marginar el flanco sur en un período en que se tiende a la integración de los países europeos en la UE y cuando las miradas están centradas en la expansión hacia el Este, después de la caída del Muro de Berlín. El Proceso de Barcelona no surge sólo como un espacio propio que España desea que se le reconozca en las relaciones euro-ara-

beislámicas, aparece también como la constatación de una preocupación por la inestabilidad que ya se atisbaba en la década de 1990 en toda la ribera sur del mediterráneo: política, social, económica, religiosa y climática. España, también Italia y Francia, constituyen el espacio de confluencia entre el sur y el norte del Mediterráneo y, lógicamente, sienten temor por el proceso de crisis que se vive en los países árabe-islámicos: legitimidad política de los gobernantes, crecimiento demográfico no compensado siempre con el económico, auge de los movimientos islamistas violentos, irresolución del conflicto árabe-israelí, tensiones militares, etc.

Los especialistas que participan en la obra son escépticos en la valoración que hacen de los resultados del proceso de Barcelona que España inició y que la Francia de Sarkozy en los últimos años ha intentado capitalizar con su proyecto de Unión por el Mediterráneo (UpM). Interesantes los apuntes que muestran los intentos de la diplomacia española para salvar parcialmente el Proceso de Barcelona, retando a Francia, mediante la implicación de los países europeos no mediterráneos, especialmente Alemania, para conseguir una política específica de la Unión Europea hacia el Mediterráneo que sea entendida como línea del conjunto de la institución y no capitalizada por Francia. No obstante, se observan los límites de la actuación española, que no puede competir con potencias más poderosas. Los testimonios de los tres diplomáticos de esta segunda parte: Álvaro Iranzo, Máximo Cajal y Jorge Dezcallar, pretenden reconocer éxitos a España en relación al Proceso de Barcelona. Dentro del tono general de la obra, en la que no se aprecian grandes discrepancias entre los autores, sí se observa una valoración diferente de los resultados de este proceso por los especialistas de un lado, y los diplomáticos de otro. Los primeros son reacios a constatar resultados reseñables, los segundos afirman que se obtuvieron y la implicación final de Alemania sería un éxito de la diplomacia española.

La obra es el resultado de una reunión de trabajo que tuvo lugar en junio de 2008 en Barcelona, organizada por el IEMed. Por ello, la mayoría de los capítulos de la obra contienen información hasta el año 2008. No obstante, algunos trabajos y capítulos, sobre todo los de los testimonios de los diplomáticos, aportan información hasta los primeros meses de 2010. Esto resta validez a algunas opiniones y reflexiones que se hacen en la obra, ya que el tiempo transcurrido desde 2008 hasta casi

finales de 2011 nos ha permitido ver la evolución del proceso euromediterráneo y de la Alianza de Civilizaciones, el proceso que han liderado el Presidente del Gobierno español José Luis Rodríguez Zapatero y el Primer Ministro turco Recep Tayyip Erdoğan. Algunas expectativas creadas sobre estos procesos, sobre todo del segundo, hoy están en suspenso o no son tan entusiastas. Pero esto es lo normal cuando se abordan cuestiones en proceso y más tratándose de una región tan dinámica y cambiante como el sur del Mediterráneo. En este sentido, el capítulo de Richard Gillespie sobre España y el proceso euromediterráneo es altamente clarificador del significado del mismo y de lo que ha conseguido –por parco– la diplomacia española. Es, sin duda, uno de los capítulos más interesantes de la obra.

Si bien se ofrece la historia de las relaciones de España con los países árabeislámicos de manera global, también hay capítulos específicos a las relaciones particulares con algunos países: Marruecos, Argelia, Iraq y Turquía. En unos casos enfocada en períodos concretos, como durante el proceso de independencia de Argelia, o el período de gobierno del Baaz en Iraq. El trabajo de Alejandro del Valle, más que de historia diplomática, presenta la situación histórico-jurídica de cada una de las posesiones españolas en el norte de África, y esclarece aspectos que el lector, incluso especialista, no suele conocer. Aunque el marco de la obra se refiere a los países «arabomusulmanes» hubiese sido mejor incluir un capítulo concreto a las relaciones hispano-israelíes, desde el reconocimiento que el gobierno de Felipe González hizo del Estado judío. Israel no es un país árabe, pero su historia y geografía está ligada al mundo árabe. Este capítulo habría completado el estudio de las relaciones españolas en todo el sur y este mediterráneo. De hecho, se incluye el interesante capítulo de Carmen Rodríguez López sobre las relaciones hispano-turcas, desde la época otomana hasta la actualidad. Turquía, aunque de población musulmana, no es un país árabe. Por la trascendencia del conflicto árabe-israelí, hubiese sido oportuno abordar las relaciones con Israel y, de esta forma, tener una perspectiva más amplia de la posición española hacia la causa palestina.

La información no se centra únicamente en las relaciones políticas, son abundantes las referencias a intercambios culturales, como la creación y trayectoria del Instituto Hispano-Árabe de Cultura

(IHAC), las becas a estudiantes árabes en España para estudiar lengua española, Medicina o Derecho, las becas a estudiantes españoles en universidades árabes, la enseñanza del español en centros universitarios e institutos... Otro aspecto reseñable es la abundante bibliografía que la mayoría de autores proporcionan en sus trabajos, dedicando un apartado a la misma.

Al tratarse de un trabajo colectivo, obviamente se repiten algunos temas en diferentes trabajos, como las referencias a la postura proárabe durante la época franquista. No resulta cansino, sirve para evidenciar que no hay grandes divergencias en las conclusiones de los diferentes especialistas, lo cual a veces se agradece, pues este tipo de obras acostumbra a aglutinar controversias que, más que aclarar, desazonan por la dificultad de encontrar la posición más verídica, pues en el campo de las ciencias humanas todo es discutible.

Interesante la incorporación de los «testimonios de actores», que complementa la aportación académica de los estudiosos, porque nos acerca a la *intrahistoria* de las relaciones diplomáticas hispano-árabes narrada por sus protagonistas. Aunque los seis diplomáticos que participan en la obra no pueden contar mucho de lo que saben, sí nos sirve para aproximarnos a la tensión y contexto de los momentos capitales en los que se fraguaron las grandes líneas de estas relaciones en un marco de inestabilidad política, como cuando se producían golpes de estado y efervescencias bélicas en algunos países.

La obra tiene pretensiones globales y sintéticas, pretende encontrar las claves esenciales de la política española hacia el Mediterráneo y el mundo árabeislámico. Por esta razón, no es una obra exhaustiva y no puede pormenorizar en cuestiones tales como la posición española durante la primera guerra contra Iraq en 1991, cuando unos meses antes una misión de particulares, gente de la cultura y de la política, ajenos a la diplomacia española, visitaron Bagdad para conseguir la repatriación de los españoles retenidos en este país. Sobre esta cuestión, y otras muchas, nada o muy poco se dice. Así pues, se trata de una obra que presenta la visión global de las relaciones de España con el mundo árabe y Turquía. No es una historia que aborde los acontecimientos diplomáticos particulares, que exigiría otro tipo de obra. Es apta para diferentes segmentos de lectores, tanto especialistas como personas de cultura media. Y aunque la mayoría de los trabajos tienen carácter

académico, el aparato crítico no importuna en absoluto la fluidez en la lectura.

**Maalouf, Amin.** *El desajuste del mundo. Cuando nuestras civilizaciones se agotan.* Madrid, Alianza Editorial, 2009, 317 pp.

Por Mauro Rodríguez Peralta  
(Universidad de Cádiz)

Cuando nos mencionan el nombre de Amin Maalouf, lo primero que se nos viene a la mente es su novela *León el Africano*, más aún en el ámbito español, ya que hace referencia a la época de la cristianización de Granada por los Reyes Católicos. Sus novelas están empapadas de un notable entendimiento de la tolerancia y el respeto a las diferentes culturas que conviven en nuestro planeta, de compromiso y de humanismo que hacen de este escritor de origen libanés, uno de los principales representantes de la literatura árabe de hoy en día. Cabe remarcar que en 1993 ganó el prestigioso premio Goncourt y al año pasado recibió el Príncipe de Asturias de las Letras.

Es por esto que no debemos centrarnos solamente en sus novelas, e interesarnos también por sus ensayos. En este sentido, y para entender un poco mejor el libro que se reseña, es preciso hacer un breve comentario de un pequeño ensayo hecho por Maalouf allá por 1998 llamado *Identidades Asesinas*. Él comienza el texto respondiendo a la constante pregunta de si se siente “más francés o libanés” (en 1976 dejó su país natal para instalarse en Francia) a la cuál responde “las dos cosas”. Esta reflexión tan sencilla a priori, trae aparejado una connotación tan fuerte y profunda que página tras página nos hace recapacitar sobre la identidad y las reivindicaciones que hoy en día hacemos en pro de una lengua, una religión o una etnia y que nos está enfrentando cada día más. Pero lo más significativo y curioso del libro, es que sin saber lo que iba a suceder en New York, con los atentados del 2001, Maalouf implora un cambio en el modo de ver al “otro”, un cambio fundamental y necesario que, de no llegar, podría enfrentar a dos culturas que cada vez más se estaban distanciando, como son la occidental y la árabe. Hoy, vemos las consecuencias de este enfrentamiento que se hizo palpable y que parece irreconciliable, pero que al leer este ensayo entendemos más profundamente sus causas, además de poner en manifiesto la ilógica e irracionalidad del mismo.

Dicho esto, *El Desajuste del Mundo* se plantea desde un escenario diferente. El conflicto ha estallado, y la consecuente sucesión de hechos han acrecentado este choque. Los atentados a las Torres Gemelas, las invasiones de Afganistán e Irak, el atentado del 11-M, las tensiones con Irán, todos capítulos de un proceso que hoy en día parecía inevitable. Según el autor, “las civilizaciones han llegado al límite; que no le aportan al mundo sino sus crispaciones destructivas; que están éticamente en quiebra, como lo están, por lo demás, todas las civilizaciones concretas que dividen aún a la humanidad, y que ha llegado el momento de ir más allá”. Es en las identidades que antes mencionábamos donde reside este problema, donde se plantea la necesidad de encontrar una en común, donde todo ser humano pueda identificarse para evitar el naufragio de nuestra civilización.

La diversidad, de la que tanto nos floreamos hoy en día, no es capaz de formular valores comunes y mucho menos pensar en un futuro de unión, por el contrario, cada vez más las personas reivindican sus pertenencias en puntos más alejados, en parte, como postula el autor, por el fracaso de Occidente de transmitir los valores universales que pregonaba, pero sin librar de culpas a los dirigentes del Tercer Mundo bajo la excusa del colonialismo. La democracia y los derechos humanos deberían ser universales, “no hay unos derechos humanos para Europa y otros derechos humanos para África”, no se puede apoyar un dictador para “estabilizar” la zona. Otra pregunta que Maalouf se hace es si de verdad las potencias occidentales intentaron implantar sus valores en sus zonas de influencia. La respuesta es concisa, “no”, incluso los reprimieron cuando lo reivindicaron, siempre con el dilema que planteaba el deseo de civilizar al mundo y la voluntad de dominarlo.

En este libro, el autor hace en contadas ocasiones referencia al conflicto de Irak para ejemplificar el problema que viene desarrollando, y con sus palabras textuales podremos entender su compromiso y su indignación por el cauce que está tomando el mundo: “En occidente, la barbarie no consiste en intolerancia o en oscurantismo, sino en arrogancia e insensibilidad. El ejército estadounidense se mete a golpes en la antigua Mesopotamia lo mismo que un hipopótamo en un campo de tulipanes. En nombre de la libertad, de la democracia, de la legítima defensa y de los derechos humanos, maltrata, destruye y mata. Cuando haya setecientos